

Monumentalidad y gestos sepulcrales en la obra de Juan de Castellanos. La muerte como recurso histórico y literario

Monumentality and sepulchral gestures in the work of Juan de Castellanos. Death as a historical and literary resource

Hernando Villamizar Calderín¹ 
Universidad Central de Venezuela-Venezuela

ACCESO  ABIERTO

Para citaciones: Villamizar Calderín, H. (2022). Monumentalidad y gestos sepulcrales en la obra de Juan de Castellanos. La muerte como recurso histórico y literario. *El taller de la Historia*, 14(2), 367-388. DOI: <https://doi.org/10.32997/2382-4794-vol.14-num.2-2022-4287>

Recibido: octubre 2022

Aprobado: diciembre 2022

Editor: Sergio Paolo Solano. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2022. Villamizar Calderín, H. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.

RESUMEN

Este artículo analiza la manera en que Juan de Castellanos describe los funerales de personajes históricos en las *Elegías de varones ilustres de Indias*. En primer lugar, se mostrará cómo los enterramientos y las sepulturas son recreados a partir de lógicas verosímiles, hasta convertirse en gestos literarios que emulan la monumentalidad epigramática del siglo XVI. En segundo lugar, veremos la relación entre la espacialidad de las sepulturas como lugares de la memoria, en relación con la intención conmemorativa de la obra. Finalmente, se abordarán las alteridades y los intereses culturales que convirtieron las tumbas y sepulturas en objeto de disputa entre españoles e indígenas.

Palabras clave: Juan de Castellanos; Rituales funerarios; Sepultura; Epigramática; Epitafios; Verosimilitud; Conquista de América.

ABSTRACT

This article analyzes the way in which Juan de Castellanos describes the funerals of historical figures in *Elegías de varones ilustres de Indias*. Firstly, it will show how burials and graves are recreated based on a verosimil logic, until they become in literary gestures that emulate the epigrammatic monumentality of the 16th century. Secondly, we will see the relationship between the spatiality of the graves as places of memory, in relation to the commemorative intention of the work. And finally, will address the alterities and cultural interests that turned tombs and graves into the object of dispute between Spaniards and indigenous people.

Keywords: Juan de Castellanos; Funeral rituals; Grave; epigrammatic; Epitaphs; Verisimilitude; Conquest of America.

¹ Antropólogo, Magister en Letras y profesor asistente en la Universidad Central de Venezuela. Candidato a Doctor en Historia de América por la Universidad de Sevilla. hvillamizar.ucv@gmail.com

INTRODUCCIÓN

El imaginario español sobre la muerte se instaló en el Nuevo Mundo desde finales del siglo XV y comenzó a ser reproducido en medio de las ciudades recién fundadas, en las criptas dentro y alrededor de las iglesias. Pero también, en los enterramientos improvisados en parajes remotos, a medida que las expediciones de conquista se iban adentrando más en el continente. Cientos de soldados y hombres en busca de fortuna murieron en la espesura de una selva perdida, en los campos de alguna sabana inmensa o en medio de la furia de un río caudaloso. No es de extrañar entonces que esas muertes hayan tenido un espacio descriptivo en las crónicas de Gonzalo Fernández de Oviedo, Alvar Núñez Cabeza de Vaca o Francisco López de Gómara, entre otras tantas, escritas durante el primer siglo de la conquista. Entre ellas ocupa un lugar especial las *Elegías de varones ilustres de Indias*, compuesta en verso por Juan de Castellanos en la ciudad de Tunja a finales del siglo XVI. Este es considerado el poema hispanoamericano más largo².

La obra de Juan de Castellanos ha sido leída y estudiada como una rica fuente histórica, por la gran cantidad de descripciones que brinda sobre los distintos lugares en los que estuvo a lo largo de sus periplos por las Antillas, los territorios de Venezuela y Colombia. Trató con muchas personalidades y recopiló noticias importantes durante el convulso siglo XVI americano. Al mismo tiempo, su mirada atenta y curiosa proporciona una gran cantidad de datos sobre las formas de vida de los grupos indígenas con los que tuvo contacto, y a los que dedicó largas descripciones sonoras en sus *Elegías*³.

Por las características y circunstancias propias de su escritura, Castellanos es considerado el iniciador o fundador de las prácticas literarias en distintos países suramericanos que se sienten directamente aludidos o que se reconocen en el contexto de su obra y en los procesos creativos de la misma⁴. En medio de ese universo de descripciones en verso y temas inagotables, quiero centrar la atención en un ámbito poco abordado, pero tremendamente evocativo: las representaciones de la muerte y, más concretamente, el carácter monumental de los motivos funerarios y las sepulturas recreadas a lo largo de sus cantos.

Los personajes históricos en las *Elegías* van trazando “ciclos vitales” que comienzan con sus respectivas correrías por el Nuevo Mundo y que, en muchos casos, finalizan cuando mueren. Así ocurre, entre tantos casos, con el militar de origen navarro Jerónimo de Ortal (1500-1538), cuyas andanzas son descritas en la elegía XI hasta llegar al canto que conmemora su muerte: “Donde se cuenta

² La obra en su totalidad está dividida en cuatro partes. La primera de ellas fue impresa en 1589. Las otras tres permanecieron como manuscritos inéditos en bibliotecas españolas hasta que en 1852 Manuel Ruvadeneyra la publicara en cuatro volúmenes dentro de la colección Biblioteca de Autores Españoles. Es la edición principal que empleamos para este estudio.

³ Juan Marchena, *Desde las tinieblas del olvido: los universos indígenas en los infinitos endecasílabos de Juan de Castellanos*, Tunja, Academia Boyacense de Historia, 2005, pp. 12-17.

⁴ William Ospina, *Las auroras de sangre*, Bogotá, Norma, 2007, pp. 27-28.

cómo Jerónimo de Ortal llegó a su pueblo de Neverí en la costa, cómo se escapó de Antonio Sedeño, y lo que más le sucedió hasta su muerte”⁵. Es entonces cuando Castellanos recrea los funerales de estos personajes, a través de un juego que emplea recursos históricos y lógicas verosímiles, donde la sepultura – y la importancia de recibir “cristiana sepultura” – se convierten en una textualidad conmemorativa importante: evoca epitafios, lugares sagrados, lápidas, hitos y toda una materialidad monumental que busca perdurar en el tiempo.

En tal sentido, me referiré a dichas recreaciones como “gestos sepulcrales”, los cuales aparecen a lo largo de la obra de Castellanos bajo dos modalidades. Por un lado, la “emulación de la epigramática” sobre las tumbas a través de epitafios que magnifican la vida ejemplar de los varones ilustres. Y, por otro lado, los “instantes de sepultura”, que son momentos fúnebres muy breves en el texto, dedicados al sacrificio de los muertos anónimos y soldados caídos en batalla, cuya sangre derramada es honrada mediante este gesto fugaz, que comporta al mismo tiempo un ritual de cierre y tránsito escatológico. Ambas formas de gestos sepulcrales están cargadas de un simbolismo laudatorio y también de tensiones relacionadas con la mentalidad sobre la muerte, propias de aquel tiempo.

En la época en que Castellanos compuso su obra, las sepulturas eran – además del lugar donde reposaba el cuerpo del difunto – un *locus memoriae*, es decir, un lugar consagrado para que los vivos honraran la memoria de los muertos; para la perdurabilidad de su recuerdo en el mundo y en el tiempo⁶. De allí que los gestos sepulcrales en las *Elegías de varones ilustres de Indias* no responden exclusivamente a pulsiones históricas, sino que están en sintonía con la intención conmemorativa y épica de la obra. Este aspecto les confiere cierta plasticidad literaria e intencionada.

Las sepulturas eran también lugares de identidad que congregaban los sentimientos de duelo de un grupo (vínculos muy profundos) y las representaciones escatológicas sobre la salvación y el tránsito terreno hacia el más allá. Tanto los españoles como los indígenas desarrollaban sus prácticas funerarias en función de las creencias y cultos de cada cual.

En un contexto de guerras cruentas, choques culturales y la negación de las creencias del otro, como lo fue la conquista temprana de América a lo largo del siglo XVI, las sepulturas fueron objeto de lucha. Castellanos describe varios episodios de ese tipo que constituyen, lo que bien podría llamarse, “guerra de sepulturas”.

⁵ Juan de Castellanos, *Elegía de varones ilustres de Indias*, Madrid, Manuel Rivadeneyra Impresor, 1857, parte I, elegía XI, canto VII, p. 123.

⁶ Armando Petrucci, *Escrituras últimas: ideología de la muerte y estrategias de lo escrito en el mundo occidental*, Buenos Aires, Ampersand, 2013. Pp. 18-21.

1.- La dimensión cultural de los enterramientos y la memoria

La conciencia que adquirimos sobre la muerte a lo largo de nuestra vida no deriva de la experiencia del propio fallecimiento – cosa por demás evidente –, sino del *reconocimiento* que los vivos realizan a partir de la muerte de sus semejantes. El deceso del otro se traduce, por analogía, en la posibilidad de la muerte propia. Finalmente, se comprende que nuestra materialidad física tiene una condición finita⁷. Este descubrimiento es capaz de despertar un conjunto de reacciones psicológicas y culturales: duelo, pena y resignación; pero también angustia y horror ante la descomposición de la carne y frente a las transformaciones que sufre el cuerpo al morir.

Precisamente, los primeros atisbos sobre la capacidad simbólica de la cultura en los orígenes de nuestra especie están relacionados con formas incipientes de rituales funerarios. El tratamiento de los cuerpos en las sociedades prehistóricas revela experiencias de duelo canalizadas a través de ritos, así como la existencia de vínculos afectivos muy estrechos entre los individuos de una comunidad⁸.

En tal sentido, la muerte como hecho biológico y natural termina siendo asumida por el ser humano desde los significados históricos de la cultura. A partir de ellos se desarrollan profundas representaciones en las que se expresa el sentido de la vida terrena y la posibilidad de tránsito del *yo* hacia el “otro mundo”, o como quiera que la sociedad represente la continuidad de la existencia posterior a la muerte⁹.

Una de las grandes constantes en el tratamiento humano de los muertos son las formas de lidiar con la descomposición del cuerpo. Esta resulta perturbadora, sobre todo, para la identidad material del *yo* anclada a nuestra corporeidad. Por esa razón, Edgar Morin contempla este proceso entre los distintos traumatismos que produce la muerte¹⁰.

A lo largo de la historia las sociedades han desarrollado métodos para lidiar con dicho traumatismo. Algunas consagran espacios restringidos destinados al alejamiento de los cadáveres donde, dejándolos a la intemperie en aquellos lugares vedados, la descomposición sigue su curso natural sin ser vista por los vivos. Otras sociedades retardan la descomposición de la carne mediante

⁷ En relación con esto, véanse los comentarios sobre el descubrimiento de la muerte en la infancia realizados por Jean Piaget, *La representación del mundo en el niño*, Madrid, Morata, 2008, pp. 31-32.

⁸ Y de otras especies humanas extintas como el *homo heidelbergensis* y el *homo neanderthalensis*, de quienes se tiene evidencia que hacían ofrendas a sus muertos. Anne-Marie Tillier, *L'homme et la mort: l'émergence du geste funéraire durant la Préhistoire*, París, CNRS, 2013, pp. 19-22.

⁹ Luis-Vincent Thomas, *La muerte: una lectura cultural*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 14. También advertía Claude Lévi-Strasuss, *Tristes trópicos*. Barcelona, Paidós, 1988, p. 249, que la muerte es a la vez “natural y antinatural”; es decir: por muy biológico que sea el morir – como fenómeno inherente a la naturaleza humana – algunas sociedades lo perciben como un hecho mágico (entre otras tantas explicaciones posibles) que afecta a toda la colectividad, en la medida en que forma parte de un sistema mucho más amplio de creencias.

¹⁰ Edgar Morin, *El hombre y la muerte*. Barcelona, Kairón, 1979, pp. 19-20.

procedimientos como el embalsamamiento y la momificación. Las hay también, que practican rituales funerarios en los que aceleran o sepultan la corrupción del cadáver por medio de incineraciones o enterramientos.

En el caso de Occidente el enterramiento ha sido una de las prácticas más persistentes – si bien no la única – en el tratamiento de la muerte. En la oscuridad de las cuevas europeas, en las catacumbas medievales, en las criptas bajo las iglesias y en las fosas de los cementerios, ha tenido lugar durante cientos de años el proceso de descomposición de los cuerpos. Ocultos y apartados de la vista pública para que no causen perturbación entre los vivos. El cristianismo impregnó con su particular sentido escatológico las prácticas de enterramiento al plantear la resurrección de la carne y su reunión con el alma en la vida eterna. Esto llevó a prescribir formas de enterramiento muy específicas y vigiladas por la Iglesia, sobre todo desde la Edad Media. Había que enterrar a los muertos en las iglesias y lugares santos donde se los dejaba “descansar en paz” sin ser perturbados, yaciendo simbólicamente más cerca de la presencia divina. Si bien esto no garantizaba la salvación del alma, al menos suponía un tránsito más apacible hacia la vida eterna¹¹.

Para la época en que escribió Juan de Castellanos la sepultura había atenuado sus matices escatológicos, pero sin desaparecer del todo. Al mismo tiempo, se produjo un giro cultural que transformó las sepulturas en lugares para la memoria. Cuando los templos no pudieron albergar más enterramientos por limitaciones de espacio, y las ciudades comenzaron a desbordar los márgenes de los cementerios incipientes, los lugares de enterramiento terminaron absorbidos y se hicieron notorios dentro de la espacialidad urbana. Esto vino acompañado de un proceso en el que la sepultura se transformó en monumento para la conmemoración del muerto. Para que la huella de su existencia no fuese borrada de la memoria de los vivos. Un lugar que convocaba a las ofrendas florales, a las visitas, a los rezos y a las palabras en silencio.

Entre los siglos XVI y XVII se produjo una sofisticación en el esplendor arquitectónico de las sepulturas. Ya no solo las familias de la monarquía y los nobles tenían derecho a tumbas ornamentadas y monumentos conmemorativos. Las lápidas se hicieron cada vez más ostentosas y en ellas se intensificó una vieja costumbre grecolatina: la de colocar epigramas y epitafios para cantar las virtudes en vida del difunto, y recordar magnánimamente algunas de sus hazañas. De la misma manera, la parafernalia fúnebre durante los entierros adquirió mayor importancia¹².

Como contraparte a todo esto, la muerte anónima, aquella sin parafernalias, sin demostraciones de duelo ni lápidas e inscripciones, era el signo de una

¹¹ Philippe Ariès, *Historia de la muerte en Occidente*. Barcelona, Acatilado, 2000, p. 26.

¹² También es cierto que después del Concilio de Trento la Iglesia impuso cierta moderación en el duelo. Pero esto no se oponía a la intención conmemorativa y había fórmulas muy eficaces para ello. Véase Fernando Martínez, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, pp. 410-411.

existencia vulgar, propia de una vida miserable, como la de los mendigos, los vagabundos, los locos y los criminales ejecutados por la justicia. Muchos de ellos eran enterrados en fosas comunes, ya que no había familiares que se encargaran. Las ciudades cumplían con el deber de darles cristiana sepultura, pero por lo demás serían olvidados.

Teniendo todos estos aspectos contextuales en consideración, resulta comprensible que Castellanos haya dado un tratamiento especial a los motivos funerarios a lo largo de su obra. ¿Cómo pasar por alto la sepultura de los personajes históricos y de sus héroes caídos en batalla?, ¿cómo no detenerse en la recreación del duelo de los allegados hasta emular epitafios y rezos muy al estilo de su época? Tratándose de un discurso elegíaco revestido de tonos épicos y conmemorativos era imposible que dejara de lado tales aspectos. Ellos se convierten en el hilo conductor de un simbolismo monumental a lo largo de toda la obra.

2.- Los gestos sepulcrales

Efectivamente, los momentos fúnebres son atendidos con una intencionalidad cuidadosa y bastante recurrente en las *Elegías de varones ilustres de Indias*. Aparecen como una preocupación casi obsesiva, desbordando los espacios de escritura destinados a la descripción del morir hasta transformarse en "gestos sepulcrales", que entierran y sepultan a los personajes: se recrean funerales, demostraciones de duelo, llantos, tumbas, lápidas y otros aspectos relacionados a los enterramientos cristianos. Esos "gestos sepulcrales" son al mismo tiempo gestos literarios, puesto que descansan en la verosimilitud; en cierta ficción que responde a una lógica cultural y consuetudinaria, interiorizados profundamente bajo la sensibilidad del autor, y recreados por la voz poética.

No olvidemos que, a diferencia de algunos de sus contemporáneos, Castellanos no se planteó hacer una historia natural, ni una historia general de las Indias o de la conquista. Su mirada sobre el pasado, atenta y minuciosa como la del cronista eligió, no obstante, un camino distinto a la hora de representar esos acontecimientos; un tono más emparentado con la nostalgia, la exaltación de la memoria y el canto poético. En vez de usar la prosa se inclinó por la escritura en verso, y dentro de todos los registros existentes en la poesía española de su época, escogió el de la elegía, cuyo tono lírico resultaba más acorde con su intención conmemorativa. Esto se puede apreciar en la primera estrofa del poema:

A cantos elegíacos levanto
Con débiles acentos voz anciana,
Bien como blanco cisne que con canto
Su muerte soleniza ya cercana:
No penen mis amigos con espanto,
Por no lo comenzar más de mañana;

Pues suelen diferir buenos intentos
Mil varios y diversos corrimientos.
Para dar orden á lo prometido,
Orbe de Indias es el que me llama
A sacar del sepulcro del olvido
A quien merece bien eterna fama¹³.

Tales gestos sepulcrales se presentan con distintas intensidades, atención discursiva y duración textual. Aquellos que recrean los funerales de grandes personajes históricos ocupan un espacio privilegiado, de extensión amplia, que recurre a la emulación de aspectos monumentales como la epigramática. Otros, por el contrario, son muy breves (instantes de sepultura), pero no por ello menos simbólicos. Ambos tipos condensan rituales de cierre y de tránsito en torno a la muerte.

3.- Los epitafios funerarios y la escritura monumental

El aspecto más visible que forma parte de los “gestos sepulcrales” es la emulación que hace Juan de Castellanos de los epitafios o epigramas funerarios, cuyo uso estaba arraigado en su época. Del griego *epi* (sobre) y *taphos* (tumba), los epitafios solían estar escritos en las lápidas y láminas colocadas en los sepulcros. Su origen se remonta a la Antigüedad Clásica. Un *corpus* importante de ellos se conserva gracias a compilaciones como la famosa *Antología Palatina*, cuyas primeras versiones circularon desde el siglo II a.C. Durante el Renacimiento, el gusto por el mundo clásico hizo que estas inscripciones, por lo general grabadas en latín, proliferasen en los mausoleos, monumentos y capillas sepulcrales de la nobleza y la aristocracia, expresando de forma perdurable la calidad, obras y fama del difunto¹⁴.

No es de extrañar, por tanto, que a lo largo de la obra de Juan de Castellanos aparezca un total de 26 epitafios. Según el autor, fueron colocados bajo distintas circunstancias en las sepulturas individuales de algunos personajes históricos o como homenaje colectivo a la muerte de grupos de personas fallecidas de forma trágica. Incluso, hubo epitafios colocados en playas para honrar la memoria de naufragos.

Castellanos afirma haber leído personalmente algunas de esas inscripciones. Tal es el caso del epitafio grabado en la tumba improvisada de Agustín Delgado, un capitán de origen canario que participó en la fundación de un pueblo en San Miguel de Neverí, en la provincia de Paria o Nueva Andalucía (más tarde llamada provincia de Cumaná, al oriente de Venezuela)¹⁵. Murió en una batalla al ser

¹³ J. Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, parte I, elegía I, Canto I, p. 5.

¹⁴ Eliecer Crespo, *El lenguaje de los epitafios*, Cuenca, Universidad Castilla-La Mancha, 2014, pp. 28-29. Sobre la *Antología Palatina* véase la edición traducida por María del Barrio, *Epigramas funerarios griegos*, Madrid, Gredos, 1992.

¹⁵ Algunos historiadores han corroborado y profundizado por otras vías documentales los datos biográficos que ofrece Castellanos sobre este capitán canario. Véase el estudio de Analola Borges, *Semblanza del General Agustín Delgado, héroe de la conquista indiana*, Tenerife, Universidad de La Laguna, 1970, pp. 14-26.

alcanzado por una flecha indígena en un ojo. Los compañeros, entre ellos su hermano Joan de Agueda, lo llevaron a un lugar apartado donde le dieron “terrena sepultura” al pie de un árbol. Como no había tiempo para improvisar una lápida de piedra, el epitafio de su tumba fue grabado en la corteza del árbol. Es el epigrama más sencillo de la obra y que no está en latín.

El entierro se hizo no pomposo,
Porque no lo sufrió tal coyuntura,
Y á la sombra del maco mas umbroso
Se le dió la terrena sepultura:
Epitafio se puso doloroso,
Las letras dél en la corteza dura,
E yo vi que decian sus renglones
Estas mismas palabras y razones:
AQUI YACE SEPULTADO
EL BUEN AGUSTIN DELGADO¹⁶.

Otro ejemplo curioso lo supone la muerte del ya mencionado Jerónimo de Ortal. En 1533 el rey le concedió licencia para volver con gente a establecer fundaciones en la provincia de Paria¹⁷. Fue la misma expedición en la que también participó y murió Agustín Delgado. Estos son los acontecimientos que canta Juan de Castellanos en la elegía XI, la cual finaliza con la muerte de Ortal. Murió en 1538 – posiblemente de un infarto – en Santo Domingo, donde se había retirado a pasar sus últimos años. Pero, lo más interesante, es la manera en que Castellanos recrea los detalles de la muerte de aquel hombre y la solemniza con un gesto sepulcral digno de un gran caballero o héroe. “El Ortal” – dice Castellanos – un poco viejo y cansado tenía en la isla una compañera. Una tarde, después de haber “gozado” con aquella mujer, cubierto de sudor, hizo una siesta. Al despertar quiso tomar aire sentado frente a una ventana y fue entonces cuando “cayó defunto”.

Gozando de mujer, dama lozana,
Una siesta cubierto de sudores,
Por asiento tomó cierta ventana
Para tomar del aire los frescores,
Donde septentrión ó tramontana
Hacía mas templados los calores,
Y luego, como aquel rey Andebunto,
O como Nicanor, cayó defunto.

Según el autor, la ciudad brindó a Ortal un funeral honroso y en el lugar donde fue enterrado “pusieron unos versos que decían”:

¹⁶ “Mayúsculas en el original”. Juan de Castellanos, *Elegías de varones Ilustres de Indias*, parte I, elegía XI, canto VII, p. 122.

¹⁷ Real Cédula a Antonio Sedeño, gobernador de la isla de la Trinidad, para que deje volver libremente a Jerónimo de Ortal a la provincia de Paria, Monzón, 11 de diciembre de 1533, Archivo General de Indias (Sevilla), Indiferente, 416, legajo 3, folio 72.

*Continet Ortali bustum quod cernitis, ossa.
Qui factus Cræsus, factus et ipse Biton
Valde dolet vanos huius perpendere casus,
Plusque dolet nobis tam citus interitus*¹⁸.

Tiene aquesta sepultura
A Jerónimo de Ortal,
Cuya carrera fue tal
Que en ella le dio ventura
Antes bien y después mal.
Dolor es que desatina,
Considerar su ruina,
Pero lo que más dolió
Fue morir como murió
De muerte tan repentina.

Los “renglones” en latín van seguidos de dos estrofas (casi siempre distintas a la versificación endecasílabo y estilo que se emplea en los cantos). Estas estrofas explican el epitafio, aunque no son una traducción exacta. De hecho, pudiera interpretarse como un “epigrama vernáculo” que acompaña al tradicional en latín y permite una mayor flexibilidad poética. Este último es de total invención de Castellanos, pues, difícilmente en el mármol de una lápida o en la piedra de una tumba cabría con facilidad la extensión de toda esa escritura.

Pero lo importante es comprender la intencionalidad monumental del gesto sepulcral en la obra. La epigramática funeraria formaba parte de una práctica mucho más amplia que Roger Chartier denomina “escrituras monumentales”, expuestas o colocadas en el exterior de los edificios públicos, en las fachadas de las iglesias, en las plazas o como inscripciones en cualquier monumento dentro de las ciudades: “Las escrituras monumentales tienen pues como función primaria manifestar la autoridad de un poder, dueño del espacio gráfico, o la potencia de un linaje o de un individuo suficientemente rico y poderoso como para hacer grabar su nombre en la piedra o en el mármol”¹⁹.

Así, mientras más importante e “ilustre” es el personaje en las *Elegías*, mucho más épico es el tono del epitafio. Allí se condensa la exaltación de su vida ejemplar, hazañas y obras. Esto se puede ver en la recreación de los funerales de Colón, por quien Castellanos sentía una gran admiración. Las circunstancias históricas sobre los últimos años de su vida y muerte son objeto de controversia entre los historiadores²⁰. Sin embargo, en las *Elegías* son recreados de la siguiente manera:

¹⁸ “Cursivas en el original”. J. Castellanos, *Elegías de varones ilustres*, parte I, elegía XI, canto VII, p. 125. Traducción nuestra: “El busto que ves contiene los huesos de Ortal/ Quien se convirtió en Creso,/ y se convirtió en el mismo Bitón/ Es muy doloroso considerar esta vana casualidad,/ Y es más doloroso para nosotros perecer tan pronto”.

¹⁹ Roger Chartier, *Las revoluciones de la cultura escrita*, Barcelona, Gedisa, 2000, p. 139.

²⁰ Bárbara Polo, “Los últimos días de Cristóbal Colón”, en *Revista de estudios colombianos*, nº 9, Valladolid, 2013, p. 22.

Los funerales desta maravilla
Honraron valerosos caballeros;
Y no tan solamente de Castilla,
Pero también de reinos extranjeros;
Y dentro de las cuevas de Sevilla
Lo hacen sepultar sus herederos,
Y dicen que en la parte do yacia
Pusieron epigrama que decia:
*Hic locus abscondit praeclari memora Coloni,
Cuius sacratum numen ad astra volat.
Non satis unus erat sibi mundus notus, et orbem
Ignotum priscis omnibus ipse dedit.
Dirictius summas terras dispersit in omnes,
Atque animas caelo tradidit innumeras.
Invenit campos divinis legibus aptos,
Regibus et nostris prospera regna dedit.
Este poco compás que ves encierra
Aquel varon que dio tan alto vuelo
Que no se contentó con nuestro suelo,
Y por darnos un nuevo se destierra.
Dio riquezas inmensas á la tierra,
Innumerables animas al cielo.
Halló donde plantar divinas leyes,
Y prosperas provincias a sus reyes²¹.*

Bien es cierto que no hay noticias fehacientes de que la primera sepultura de Colón haya tenido un epitafio de ese tipo. Su cuerpo fue trasladado en distintos momentos: de Sevilla (1509) a Santo Domingo (1544), luego a La Habana (1795) y nuevamente a Sevilla (1898). En una vieja tumba descubierta en Santo Domingo se encontró una inscripción que tan solo indicaba: "Ilustrísimo y distinguido varón Don Cristóbal Colón". Y en la lápida de la Habana el epitafio decía: "¡O restos imagen del gran Colón!/ Mil siglos durad unidos a la urna/ Al código santo de nuestra nación"²².

Ahora bien, el carácter monumental de la epigramática recreada por Castellanos no se limita a la muerte de personajes individuales. Hay algunos pasajes históricos en los que ciertas tragedias y catástrofes cobraron las vidas de grupos de personas. Es así como el primer epigrama que aparece en la obra está dedicado a lo que la voz poética llama "la primera sangre cristiana derramada" en el Nuevo Mundo. Sin duda, un epítome cargado de gran simbolismo genésico, que marca dentro de las *Elegías* el inicio de lo que serían las guerras de la conquista.

²¹ "Cursivas en el original". J. Castellanos, *Elegías de Varones ilustres*, parte I, elegía IV, Canto único, p. 44. Traducción nuestra: "Este lugar esconde la famosa memoria de Colón,/ Cuya deidad sagrada vuela a las estrellas./ El mundo conocido por él, y el Mundo, no era del todo uno./ Él mismo dio lo desconocido a todos los antiguos./ Esparció las tierras más altas en todos,/ Y entregó innumerables almas al cielo./ Encontró las llanuras adecuadas a las leyes divinas,/ Dio reinos prósperos a los reyes y a nosotros".

²² Luis Arranz, *Cristóbal Colón. Misterio y grandeza*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 357.

El episodio se centra en la gente que murió en el Fuerte de la Natividad, asentado por Cristóbal Colón en lo que hoy es Haití al final de su primer viaje. Cuando regresó de España al cabo de un año, lo encontró hecho cenizas debido a una rebelión de los indígenas en la isla. Sin cadáveres que enterrar y sin haber recibido cristiana sepultura, después de escuchar el relato de los sobrevivientes, sólo quedaba rogar por las almas de los caídos y solemnizar su muerte.

Oidos los sucesos inhumanos,
No dichos por semejanzas ni barruntos,
Sino por quien metió los pies y manos
Relatando la guerra por sus puntos,
Hicieron diligencias de cristianos,
Que fué rogar á Dios por los difuntos;
Y en el lugar do fueron descompuestos
Pusieron cuatro versos, que son estos:
*Haec Cruz ostendis faedatum sanguine litus
Gentis, quae ignotos primum migravit ad Indos,
Sarpe preces longas pro victis fundite namque
Unius ob noxam cunctos mala fata tulerunt*²³.
Este lugar adornó
Aquesta cruz soberana.
Porque aquí se derramó
La primer sangre cristiana
Que al nuevo mundo pasó.
Con oracion, con ayuno,
Sé por ellos importuno,
Y con piadosos modos;
Pues por la culpa de uno
Aquí perecieron todos.

Algo parecido sucede con el segundo epitafio que aparece en las *Elegías*, dedicado esta vez a los "primeros ahogados de la nueva Monarquía". Se trata del naufragio en el que murió Francisco de Bobadilla y la gente que lo acompañaba en la embarcación que se hundió cerca de la isla de La Española en 1502. El temporal que hizo zozobrar el barco fue advertido por Colón. Pero Bobadilla no prestó atención y se hizo a la mar. Igual que en el caso anterior, está la ausencia de los cadáveres para enterrar. Siguiendo la usanza con los náufragos, se erigió en la playa un epitafio para honrar su memoria.

*Plangimus Indorum diris submersa procellis
Corpora, jussa gravem non properare viam.
Non nocuit nobis longeavis credere dictis.
Sed nocuit semper spernere consilium.*²⁴
Llora nuestra compañía

²³ "Cursivas en el original". J. Castellanos, *Elegía de varones Ilustres*, parte I, elegía II, Canto II, p. 30. Traducción nuestra: "Esta Cruz está mostrando la playa manchada de sangre/ de la primera gente que emigró a las Indias, para ellos desconocidas/ Derrama largas oraciones por los vencidos/ que por uno sufrieron malos destinos".

²⁴ "Cursivas en el original". J. Castellanos, *Elegía de varones Ilustres*, Parte I, elegía III, canto IV, p. 42.

Los primeros abogados
En la nueva monarquía,
Siendo antes avisados
Que detuviesen la vía.
Nunca dañó sabio viejo
En el voto de concejo
Cuando se da buena maña;
Mas no pocas veces daña,
El huir de su consejo.

Incluso, hay un epigrama muy particular que Juan de Castellanos refiere sobre la destrucción de la isla de Cubagua a causa de un terremoto que hundió buena parte de aquella. Entre los sobrevivientes se cuenta él mismo, ya que residía en la isla cuando ocurrió el desastre en 1543²⁵. Pero, sin duda, son los eventos fundacionales (Colón, los primeros gobernadores, la primera sangre derramada, los primeros ahogados) los que despiertan una obsesión epitáfica en la primera parte de las *Elegías*, como si se tratara de los cimientos de un edificio que deben quedar plenamente asentados para perdurar eternamente en la memoria.

4.- El juego verosímil de la epigramática

No todos los personajes históricos, cuyas muertes alcanzan a ser comentadas en las *Elegías*, fueron homenajeados con un epitafio en sus tumbas. Pudiera pensarse que la razón de esta diferencia se debe a que la escritura monumental de aquella época, aunque arraigada en tradición, no siempre estaba al alcance de todo el mundo, sino para la distinción de los nobles y adinerados, así como para la memoria de aquellas obras que las élites de poder querían hacer perdurar. Algo de cierto puede haber en ello.

Pero, como se verá a continuación, el carácter selectivo con el que aparecen los epitafios en la obra tiene que ver más con la empatía que el autor sentía por ciertos personajes, incluso algunos que murieron pobres y en desventura, y no necesariamente con la riqueza y el estatus que tenían. Son gestos de carácter magnánimo que responden a su versión de la conquista y a una construcción particular del pasado, más que a certezas históricas. De allí que se inventara muchos de esos epitafios y los recreara según la lógica cultural de la época. Los distribuía allí donde juzgaba irían mucho más a propósito con un personaje, para él ejemplar, y así cerrar su vida con un gesto magnánimo en su muerte. Es aquí donde se puede percibir el juego conmemorativo a través de la emulación verosímil.

Distintos historiadores han polemizado y puesto en duda varios de los epitafios recreados por Juan de Castellanos. En 1962 Isaac Pardo manifestaba sus reservas al respecto. Pero fue una década más tarde cuando Pablo Ojer puso fehacientemente en duda la historicidad de todos ellos, más allá de que

²⁵ J. Castellanos, *Elegía de varones Ilustres*, Parte I, elegía XIV, canto I, p. 151.

Castellanos haya manifestado en distintos pasajes que “tuvo noticias” de tales o cuales “renglones” que habían colocado en determinada sepultura. En ese sentido, se preguntaba Ojer: “¿los epitafios que florecen acá y allá con rara profusión en la extensa obra de Juan de Castellanos, no serían creaciones suyas?”²⁶

En efecto, llama poderosamente la atención que casi todos los epigramas presentan una gran similitud, como si hubiesen sido compuestos por una misma mano. Es cierto que la epigramática del Siglo de Oro seguía ciertos lineamientos estilísticos comunes – con sus matices y variaciones – que pueden rastrearse en Lope de Vega y otros autores emblemáticos del Barroco español. Sin embargo, más allá de la estilística común, los epitafios que aparecen a lo largo de las *Elegías* tienen uniformidad, incluso en la estructura de su contenido, lo que a su vez resulta bastante curioso si suponemos – ateniéndonos al testimonio del autor –, que fueron compuestos en distintas regiones y por distintos autores.

Otro elemento que hace dudar de la veracidad histórica de los epitafios en la obra, son las circunstancias en extremo peligrosas bajo las cuales parecen haber sido compuestos algunos de ellos; sobre todo en aquellos casos en los que no se contaba ni con el tiempo ni con los medios para elaborar una sepultura adecuada, y mucho menos para esculpir o grabar un epitafio en su superficie. Y, sin embargo, la necesidad de monumentalizar el fin de aquellos personajes se transforma en un cierre simbólico imperante, en un gesto literario que debía brindarle la honrosa sepultura que las vicisitudes les negaron.

Un ejemplo clave, entre otros tantos, son los epigramas dedicados a la muerte de Pedro de Ursúa y su amante, doña Inés, asesinados por Lope de Aguirre una vez que se reveló contra aquél y tomó el control de su expedición²⁷. Tales acontecimientos fueron muy violentos y apresurados, además de colocar a todos los involucrados directamente bajo la ira de Aguirre. De allí que resulte pertinente la duda de Pablo Ojer al respecto:

¿Cómo se explicaría que el supuesto poeta de la hueste de los marañones se arriesgara a grabar una inscripción laudatoria sobre la tumba de Pedro de Ursúa o de doña Inés siendo así que éstos habían sido victimados por Lope de Aguirre? ¿Acaso esa furia que todo lo espía habría tolerado semejante homenaje a sus víctimas? En cambio, para Juan de Castellanos no suponía ya ningún riesgo en su retiro de Tunja, a años de distancia de la muerte del Tirano, el elogio de aquellos personajes²⁸.

²⁶ Pablo Ojer, “Aspectos históricos del primer poema de tema venezolano” en Pablo Ojer y Efraín Subero (comp.), *El primer poema de tema venezolano*, Caracas, Ministerio de Educación, 1973, 47. Marañoses fueron llamados los hombres que apoyaron a Lope de Aguirre en su traición al gobernador Ursúa, debido a que tales acontecimientos ocurrieron en el río Amazonas, por entonces llamado Maraño.

²⁷ J. de Castellanos, *Elegías de varones ilustres*, parte I, elegía XIV, cantos I y II.

²⁸ P. Ojer, “Aspectos históricos del primer poema”, p. 49.

Ahora bien, más allá de las consideraciones que se puedan hacer sobre la obra de Juan de Castellanos como fuente histórica, lo que interesa destacar aquí es precisamente el juego que se esconde detrás de la emulación verosímil de la epigramática. Dicho juego consiste en recrear una inscripción que lógicamente habría sido puesta para honrar a un difunto querido, según el arte y la práctica de la época; en emular la escritura monumental en un texto que al mismo tiempo responde a un proyecto conmemorativo.

Para comprender esta dimensión emulativa es necesario tener en cuenta que los poetas españoles, no sólo componían epitafios lapidarios a imitación de los que aparecían entre las ruinas de las antiguas tumbas griegas, sino que a partir del siglo XV se desarrolló con profusión la recreación de epitafios ficticios como una forma de homenajear tanto a vivos como a difuntos. En ese sentido, algunos autores distinguen entre los "epigramas reales", es decir, que realmente fueron grabados en monumentos, y los "epigramas ficticios" compuestos como obras literarias²⁹.

Ambas dimensiones se encuentran superpuestas en los epitafios que aparecen a lo largo de las *Elegías*. Primero son recreados emulando la epigramática lapidaria como si realmente hubiesen sido grabados en las sepulturas. Pero en el fondo se trata de un gesto conmemorativo y es así como se muestra el doble juego literario: pasamos inadvertidamente de la emulación de los epitafios reales a la verosimilitud laudatoria de los epitafios figurativos.

5.- Los instantes de sepultura

Si dentro de la obra de Castellanos los epitafios están destinados a los grandes personajes, al menos un instante para el enterramiento es concedido a los soldados y gente anónima. Se trata de breves menciones contenidas, a lo sumo, en un par de versos que pasan desapercibidos, debido a que el espacio que ocupan en la historia es complementario a la acción principal. Pero, como intentaré demostrar, hay en ellos una intención de cierre escatológico y también de honra al sacrificio de la "sangre derramada", como parte del ideal heroico que Castellanos atribuye a la conquista.

En el contexto de la época, la muerte de un español en aquel mundo de expediciones y guerras era, por encima de la calidad y fama de la persona, la muerte de un cristiano y, como tal, era de esperarse que recibiese una cristiana sepultura por parte de sus compañeros, en un lugar donde sus restos pudiesen descansar en paz. Esto es importante por el juego de alteridades que se ve reflejado en las *Elegías*, ya que el "cristiano" se opone culturalmente al "otro" indígena y, por tanto, al reconocimiento de la muerte de este último.

De allí que la sangre española derramada tenga dentro de la dimensión épica de la obra un sentido de sacrificio casi sagrado. Ya lo hemos visto en el epitafio

²⁹ M. del Barrio, *Epigramas funerarios griegos*, p. 14.

dedicado a la "primera sangre derramada" en honor a los que murieron en el ataque al fuerte de La Natividad en La Española. Pero en aquel caso, la importancia y trascendencia fundacional del acontecimiento terminó cubriendo de monumentalidad a los fallecidos. Sin embargo, hubo otras tantas situaciones menos trascendentes en las que se produjo la muerte anónima de soldados, en medio de una emboscada o una batalla no tan gloriosa. Es en estos casos donde aparecen los "instantes de sepultura" como un gesto literario que en algunos momentos se apresura a cerrar el tránsito de la vida terrena.

Así ocurrió en el ataque que los indígenas hicieron al recién fundado pueblo de Montemayor. Según cuenta Castellanos, el ataque nocturno tenía por objetivo sorprender a los españoles mientras dormían. Los indígenas atacaron y comenzó la batalla: "Hay rodeo de gentes inhumanas,/ Hay lazos, hay camino de la muerte,/ Hay dardos, arcos, flechas y macanas,/ Hay herida mortal, hay golpe fuerte,/ [...] Hay heridos aquí, y allí caídos,/ Aquí lamentaciones y allí gemidos." A todas estas se despertó Salazar, el héroe de este episodio que, como buen guerrero, "ni dormía desnudo sino con el espada y el escudo". Entonces organizó a los suyos para hacer frente a los indios hasta lograr que se retiraran. Victoriosos, pero muy maltrechos y con "alguna cantidad de gente muerta", Salazar decidió trasladarse a Caparra. Pero, en los versos anteriores a esta resolución tomada por el líder y con la cual se da continuidad a la historia, tuvo lugar la sepultura fugaz de los españoles muertos:

Aquestos enemigos ya vencidos,
Esclusos y apartados de sus puertos,
Curaron los que estaban mal heridos
Y dieron sepultura a sus muertos³⁰.

La fórmula se repite en otros pasajes bélicos con algunas variaciones: "cubriendo sus despojos", "sepultando los cadáveres", "entregándolos a la tierra". Es posible encontrarla casi idéntica después del enfrentamiento de Antonio Sedeño con los guerreros del cacique Baucunar por el control de la isla de Trinidad: "Curándose la llaga del herido,/ al muerto dió terrena sepultura"³¹. En esta oportunidad los españoles eran superados en número por los indígenas, quienes estaban listos para atacar de nuevo.

Es difícil saber si realmente los maltrechos hombres de Sedeño tuvieron tiempo de cavar y enterrar a los muertos, al igual que ocurrió en otras tantas batallas apresuradas y en la que los españoles tuvieron que retirarse debido la férrea resistencia de los indígenas. En todo caso, es importante entender la significación de estos pequeños gestos funerarios. Bien hubiese podido la voz poética pasar por alto estos "instantes de sepultura" y seguir adelante con la acción bélica, con las decisiones de los héroes y la marcha de los expedicionarios. La continuidad de la historia descansa en los vivos, no en los

³⁰ J. Castellanos, *Elegías de varones Ilustres*, parte I, elegía VI, canto III, p. 57.

³¹ J. Castellanos, *Elegías de varones Ilustres*, Parte I, Elegía X, canto II, p. 90.

muestrados. Y, sin embargo, obviar a estos últimos habría hecho saltar por los aires el sentido conmemorativo del canto elegíaco; constituiría un menosprecio al sacrificio de su sangre.

6.- La ausencia de la muerte india

¿Dónde encaja la muerte de los indígenas dentro de la obra de Castellanos? Curiosamente y, a pesar del interés que pone en describir la caída de los contrincantes en batalla, la muerte de los indígenas pareciera estar ausente en sus recreaciones. Es cierto que a algunos caciques se los puede ver morir como héroes luchando contra los invasores, pero el tratamiento sobre tales muertes es poco frecuente y cuando aparece, suele ser meramente descriptivo, dependiendo en gran medida de la conducta “honorable” (según el sentido español de la guerra) con la que luchaban aquellos caciques y su alianza o enemistad con los conquistadores. Dado que, para Castellanos, muchos pueblos indígenas – sobre todo los caribes – eran “gentes salvajes” que luchaban sin ningún tipo de honor, cualquier lectura conmemorativa de sus decesos quedaba de lado.

Además, el hecho de que los indígenas hayan sido considerados por los españoles en un primer momento como paganos, negaba las escatologías de aquellas otras culturas. Sólo algunos misioneros como Fray Bartolomé De Las Casas, Fray Bernardino de Sahagún o Ramón Pané, llegaron a reconocer en su convivencia con los indios, que estos tenían sus propias creencias sobre la muerte y sobre la existencia de un “más allá”. Aunque no por ello dejaron de considerarlas idolatrías, y lucharon para extirparlas y convertirlos³².

Ahora bien, ya para la época en que Juan de Castellanos escribió su obra, el reconocimiento sobre la humanidad de los indígenas estaba afianzado, e incluso se creía que por el mismo hecho de ser humanos también tenían alma. Décadas atrás se habían producido intensos debates entre académicos y religiosos en la famosa Junta de Valladolid (1550-1551). Allí se establecieron los lineamientos sobre la naturaleza del indio americano, siempre dentro de los intereses de la conquista española y a partir de su percepción cultural sobre aquéllos³³.

7.- La guerra de las sepulturas

Las sepulturas también fueron objeto de disputa y parte de la guerra de conquista. Las alteridades culturales entre españoles e indígenas llevaron a desconocer el sentido sagrado y escatológico que ambas partes conferían al tratamiento de sus muertos. Para los conquistadores algunas prácticas mortuorias de los indígenas rayaban en el paganismo y la antinatura. Mientras más contrarias eran al *canon* cristiano, más horror causaban, sobre todo

³² Emanuele, Amodio, *Las profundas cavernas de la memoria*, La Paz, Fundación Visión Cultural, 2010, pp. 29-32.

³³ Anthony Pagden, *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*, Madrid, Alianza, 1998, p. 42.

aquellas relacionadas con el consumo de cenizas, los enterramientos secundarios que iban acompañados de la limpieza de los huesos, o la antropofagia selectiva.

Por su lado, los indígenas durante el primer contacto – y más aún aquellos que se resistieron – no comprendían las prácticas funerarias de los españoles. Aunque algunos pueblos practicaban distintas formas de enterramiento (sobre esto volveré más adelante), estas nada tenían que ver con la idea del descanso transitorio del cuerpo en espera de la resurrección para la vida eterna. A un soldado llamado Cristóbal Guzmán – cuenta Castellanos con indignación – le negaron los indios la sepultura, pese a que antes de ser sacrificado rogó como buen cristiano que lo enterraran en el mismo lugar donde fuese muerto³⁴.

Es probable que las fronteras ontológicas entre la vida y la muerte de algunos pueblos caribes y arawacos prehispánicos fuesen mucho más fluidas que la de los cristianos. Esto quiere decir que había una mayor conexión entre el mundo de los vivos y el de los muertos a través de rituales mágico-religiosos. Hay descripciones de los indígenas bailando en torno los cuerpos de sus guerreros luego de una batalla para honrarlos y pedir su protección en la próxima contienda. De igual forma, tomaban los cadáveres de los españoles y bailaban en torno a ellos, vejándolos, como si aquella afrenta trascendiera al plano escatológico de los muertos (una doble muerte). También ingerían algún órgano o extremidad de los cuerpos, revestida de potencial mágico, para absorber la fuerza guerrera del enemigo. Incluso, escenificaban luchas ceremoniales con los cadáveres de los españoles buscando asegurar el triunfo en la próxima batalla.

Bajo este complejo tanatológico, los indígenas desenterraban los cuerpos de los cristianos y profanaban sus tumbas. Para evitarlo, los españoles intentaban esconder o disimular las sepulturas de los que iban muriendo, y así no fuesen halladas por los indios. Castellanos menciona estas precauciones a propósito de la muerte del capitán Alonso de Herrera y varios de sus hombres. Murieron llenos de dolor tras ser heridos por flechas envenenadas. Sus compañeros los enterraron dentro de unos buhíos o cabañas. Para disimular las sepulturas quemaron luego las edificaciones.

A la tierra hicieron el entrego
En un buhío señalado;
Y porque del furor del indio ciego
No fuese del lugar de desenterrado,
A todos lo buhíos ponen fuego,
Porque quedase mas disimulado,
Que suelen indios con sus desconciertos
Desenterrar a los cristianos muertos.

³⁴ J. Castellanos, *Elegía de varones ilustres*, parte I, elegía VI, canto VI, p. 61. El episodio tuvo lugar en Puerto Rico durante el enfrentamiento entre los españoles y la gente del cacique Yahureibo, quien tomó y como prisionero a Cristóbal Guzmán y lo sacrificó en venganza por la muerte de su hermano.

Y en circuito dellos muchos juntos
Como si vivas fueran las presencias
Suelen hacer á míseros difuntos
Muchos denuestos, graves insolencias;
Y allí recitan todos por sus puntos
Sus valentías, guerras y pependencias,
Diciéndoles las cosas que hicieran
Si por ventura vivos los tuvieran³⁵.

Los cristianos tampoco entendían la finalidad terrenal y escatológica con la que los indígenas sepultaban a sus muertos. Algunos de estos pueblos practicaban enterramientos tanto primarios como secundarios, cuyos ajuares contenían objetos de oro y otros bienes preciados. Sus tumbas podían estar bajo grandes túmulos construidos por la comunidad. Mientras mayor era el estatus del individuo, más alto era el túmulo y más rico era el ajuar. Pero los enterramientos no siempre estaban señalizados, de modo que los españoles prendían fuego a la vegetación donde sospechaban había sepulturas indígenas. Estas eran identificadas por la “arenilla blanca” que aparecía luego de quitar la capa de tierra quemada³⁶.

Castellanos recuerda las sepulturas encontradas en un pueblo llamado Caldera en Santa Marta:

Hay en sus muertes un prolijo lloro,
Do cuentan sus desastres ó venturas;
Entiérranse con muchas joyas de oro,
Segun vimos en muchas sepulturas,
Alas cuales le guardan su decoro
Segun sus ceremonias y locuras³⁷.

Para los españoles estas eran prácticas paganas, pero rápidamente les llamó la atención la posibilidad de obtener el oro de aquellas tumbas. Pronto el saqueo de los cementerios indígenas se convirtió en una actividad rentable. Refiriéndose al mismo pueblo en Santa Marta, Castellanos describe cómo los soldados abrían hoyos y cavaban en la tierra para llegar hasta las tumbas.

Digo que por aquellas espesuras
Del puerto y fuera del poca distancia,
Se descubrieron muchas sepulturas
De donde resultó harta ganancia,
Porque todos los indios principales
Se entierran con sus joyas y caudales.

³⁵ J. Castellanos, *Elegía de varones ilustres*, parte I, elegía XI, canto III, p. 108.

³⁶ Rocío Delibes, “Todo lo que se hallare en las sepulturas es nuestro. Política y fiscalidad Real en torno a los tesoros indígenas del Zenú (Cartagena de Indias, 1534-1554)”, en *Memorias: Revista Digital de Arqueología e Historia desde el Caribe*, 36, Barranquilla, 2018, pp. 13-14.

³⁷ J. Castellanos, *Elegía de varones ilustres*, parte II, historia de Santa Marta, canto I, p. 258.

Un hoyo se cavaba que á buen sondo
De la profundidad que contenía
Un estado seria lo mas fondo
El cual derechamente descendía
Bien así como pozo muy redondo,
Y en lo mas bajo deste se hacia
Un grande socabón con partes anchas
Losado todo él de lisas lanchas³⁸.

En la región del Zenú en el Nuevo Reino de Granada otros grupos enterraban a sus muertos con ricos ajuares³⁹. Los españoles se toparon con un pueblo donde sus pocos habitantes portaban chagualas y piezas de oro. Embriagados con la “hambrienta golosina”, requirieron a un indio cautivo que los condujera hasta donde había más oro, y este los llevó a un santuario o cementerio al abrigo de un bosque. Había muchas sepulturas y encima de cada una ponían una planta. Recreando el discurso del indígena, Castellanos explica la razón por la cual los difuntos eran enterrados con sus objetos: “suele ser orden antiguo/ Que las preseas quel defunto tiene/ Al mundo donde va lleva consigo,/ Y la macana y arco y el aljaba/ Con que cuando vivia peleaba”⁴⁰.

Tal solemnidad y respeto de los indios para con sus difuntos poco importó a los españoles al saquear todo el lugar. “Debieron de sacar un millón de oro” dice Castellanos. El que más podía más sacaba. De hecho, entre 1533 y 1537 el oro de las tumbas del zenú sustentó el fisco de la administración española en dicha región⁴¹. El gobernador García de Lerma prohibió que siguieran desenterrando libremente sepulturas y en su lugar había que hacerlo con la licencia respectiva. Esta medida poco tenía que ver con el respeto hacia los muertos del otro, sino para administrar mejor la extracción del botín y evitar conflictos entre los soldados.

Pero los saqueadores no siempre tuvieron éxito en sus rapiñas. Algunos incluso perdieron la vida en tales empresas, al enfrentarse a indígenas más belicosos que protegían las tumbas de sus muertos.

Solian pues soldados ir à obscuras
Para sacar sepulcros acechados,
Algunos solos á sus aventuras,
Y ansi fueron á muchas sepulturas
Sin que fuesen en ellas sepultados,
Pues por asechos en lugares ciertos
De los vecinos indios eran muertos⁴².

³⁸ J. Castellanos, *Elegía de varones ilustres*, parte II, historia de Santa Marta, canto I, p. 276.

³⁹ Sobre los distintos grupos indígenas que poblaban la región de Zenú y el saqueo de sepulturas véase el estudio de R. Delibes, “Todo lo que se hallare” pp. 10-19.

⁴⁰ Comillas en el original. J. Castellanos, *Elegías de varones ilustres*, parte III, Historia de Cartagena, canto, III, p. 378.

⁴¹ R. Delibes, “Todo lo que se hallare”, p. 11.

⁴² J. Castellanos, *Elegías de varones ilustres*, parte II, Historia de Santa Marta, canto III, p. 278.

Vemos entonces cómo la negación de la cultura del otro, de sus creencias y prácticas funerarias llevó a un plano en el que las sepulturas del enemigo se convirtieron en objeto de interés según las lógicas de cada grupo: los indígenas buscaban desenterrar a los españoles para burlar sus despojos a través de rituales mágico-religiosos que aseguraban ciertas transacciones entre los vivos y los muertos. Así, el cadáver del otro se convertía en una presea, en un botín de guerra cuya doble muerte arrojaba el simbolismo de la venganza. Por su parte, para los españoles la promesa de salvación y vida eterna se aplicaba solo a los verdaderos cristianos y no a los paganos. Esto desacralizaba la muerte del otro indígena, permitiendo entonces, sin ningún tipo de escrúpulo, desenterrar sus tumbas para apoderarse de sus ajuares y riquezas.

Conclusiones

La manera en que las sociedades lidian con la muerte y el tratamiento del cuerpo es tan profunda que se manifiesta en discursos, gestos y representaciones que van más allá del momento funerario. Este complejo tanatológico trasciende y persiste en pulsiones que afloran cada vez que imaginamos o recreamos el morir de nuestros semejantes. La lectura propuesta sobre la obra de Juan de Castellanos a partir de la identificación de gestos sepulcrales es un ejemplo de ello.

Hemos visto cómo el imaginario de las sepulturas en el siglo XVI abarcaba una multiplicidad de dimensiones, que señalaron los derroteros de nuestro recorrido: la sepultura era el método para lidiar con la despedida del difunto y la descomposición del cuerpo. Pero, sobre todo, involucraba una transición escatológica hacia el más allá (la importancia de recibir “cristiana sepultura”). También era un lugar de la memoria para honrar a los difuntos. De allí que, dentro de la intencionalidad conmemorativa y la mirada épica sobre el pasado en la obra de Castellanos, al momento de recrear los funerales de los personajes ilustres, los haya inflado con plasticidad literaria, recurriendo a la monumentalidad de la epigramática. Esa es precisamente la relación que se ha querido señalar entre la memoria (intencionalidad de la obra) y los gestos sepulcrales (recursos literarios que magnifican el sentimiento de honra y conmemoración).

No menos importante es la dimensión de las sepulturas como objeto creador de vínculos identitarios para una comunidad y, al mismo tiempo, como objeto de disputa cuando todos esos elementos son profanados.

Sin duda, las prácticas funerarias trasplantadas por los españoles en el Nuevo Mundo abarcaban muchos más aspectos de los que podemos encontrar en las *Elegías de varones ilustres de Indias*. Pero los gestos sepulcrales y esa amalgama entre datos históricos, verosimilitud y lírica, confieren a la obra de Juan de Castellanos una singularidad imprescindible de revisar.

Bibliografía

Fuentes primarias impresas

Castellanos, Juan de, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Madrid, Manuel Rivadeneyra Impresor, 1857.

Fuentes secundarias

Amodio, Emanuele, *Las profundas cavernas de la memoria*, La Paz, Fundación Visión Cultural, 2010.

Ariès, Philippe, *Historia de la muerte en Occidente*. Barcelona, Acantilado, 2000.

Arranz, Luis, *Cristóbal Colón. Misterio y grandeza*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

Barrio, María del, *Epigramas funerarios griegos*, Madrid, Gredos, 1992.

Borges, Analola, *Semblanza del General Agustín Delgado, héroe de la conquista indiana*, Tenerife, Universidad de La Laguna, 1970.

Chartier, Roger, *Las revoluciones de la cultura escrita*. Barcelona, Gedisa, 2000.

Crespo, Eliecer, *El lenguaje de los epitafios*, Cuenca, Universidad Castilla-La Mancha, 2014.

Delibes, Rocío, “«Todo lo que se hallare en las sepulturas es nuestro». Política y fiscalidad Real en torno a los tesoros indígenas del Zenú (Cartagena de Indias, 1534-1554)”, en *Memorias: Revista Digital de Arqueología e Historia desde el Caribe*, nº 36, Barranquilla, 2018, pp. 7-30.

Lévi-Strasuss, Claude, *Tristes trópicos*, Barcelona, Paidós, 1988.

Marchena, Juan, *Desde las tinieblas del olvido: los universos indígenas en los infinitos endecasílabos de Juan de Castellanos*, Tunja, Academia Boyacense de Historia, 2005

Martínez, Fernando, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000.

Ojer, Pablo, “Aspectos históricos del primer poema de tema venezolano” en Pablo Ojer y Efraín Subero (comp.), *El primer poema de tema venezolano*, Caracas, Ministerio de Educación, 1973, pp. 29-165.

Ospina, William, *Las auroras de sangre*, Bogotá, Norma, 2007.

Pagden, Anthony, *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*, Madrid, Alianza, 1998.

Petrucci, Armando, *Escrituras últimas: ideología de la muerte y estrategias de lo escrito en el mundo occidental*, Buenos Aires, Ampersand, 2013.

Piaget, Jean, *La representación del mundo en el niño*, Madrid, Morata, 2008.

Polo, Bárbara, “Los últimos días de Cristóbal Colón”, en *Revista de estudios colombinos*, nº 9, Valladolid, 2013, pp. 87-92.

Thomas, Luis-Vincent. *La muerte: una lectura cultural*. Barcelona, España, Paidós, 1991.

Tillier, Anne-Marie, *L'homme et la mort: l'émergence du geste funéraire durant la Préhistoire*, París, CNRS, 2013.